4189

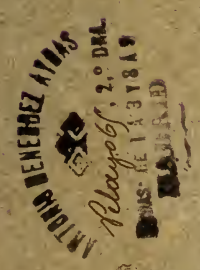
JOSÉ QUILIS y RAFAEL SORIANO

EPÍLOGO

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

Nº 20



Copyright, by J. Quilis y R. Soriano, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

12

A la distinguida actriz
Sra Bustamante, dándola
gracias por lo admirablemen-
te que interpreta el personaje
de Baronesa de Lira.

Los Autores

EPÍLOGO

15-VII-908

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

EPÍLOGO

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ QUILIS y RAFAEL SORIANO

Estrenada en el SALÓN VENECIA la noche del 26 de Junio de 1908

MADRID

E. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1908

PROLOGO

Estimulados por el ejemplo que nos ofrecen los grandes autores Benavente, Linares Rivas, Rusiñol, etc., etc., no desdeñándose en estrenar sus obras en estos lindos y modernos teatritos, que viven hoy la vida del verdadero arte; seducidos por el conjunto excelente que forma la compañía que actúa en el Salón Venecia, y tratándose de una Empresa que nada escatima para presentar con propiedad las obras, llenos de entusiasmo escribimos EPÍLOGO.

Más que cuanto nosotros pudiéramos decir de lo admirablemente que es interpretada esta comedia, dice todas las noches el público, premiando con repetidos aplausos la labor meritoria y delicada de los actores. Guadalupe Mendizábal está insuperable en su difícil papel; la Sra. Bustamante, sobria y ajustada al tipo de *trae, lleva y lía*, que retrata exactamente; las Srtas. Xifrá y Gil López se han encargado de papeles inferiores á su categoría artística, que han avalorado con su talento reconocido, por lo cual merecen nuestra gratitud, extensiva á todas las actrices que sigan su ejemplo. La niña Girón, sencillamente encantadora en el Pepito. A Emilio Armengod, por el cariño con que ha dirigido la obra y por el entusiasmo con que la ha representado, le estamos reconocidos. Miquel, Leyva y Balsalobre, muy bien, contribuyendo al intachable conjunto, gracias al cual obtuvo éxito la obrita.

Cumplido, á guisa de prólogo, este deber de gratitud, pasemos de un salto al EPÍLOGO.

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DUQUESA DE LA CUMBRE.....	SRA. MENDIZÁBAL.
BARONESA DE LIRIA.....	BUSTAMANTE.
FLORITA.....	SRTA. GIL LÓPEZ.
MANOLITA.....	XIFRÁ.
FERNANDO DE URIARTE..	SR. ARMENGOD.
DUQUE DE LA CUMBRE.....	MIQUEL.
BARON DE LIRIA.....	LEYVA.
PEPITO	NIÑA GIRÓN.
AGUSTIN.....	SR. BALSALOBEE.

La acción en una quinta próxima á Madrid

Las indicaciones del lado del actor

ANTONIO BENEDEZ ATIAS
Bravo 6, 2.º DRA.
MADRID

ACTO UNICO

Gabinete lujosamente amueblado. Puertas laterales y al foro. En derecha un elegante secreter escritorio

ESCENA PRIMERA

La DUQUESA sola, sentada junto al secreter escritorio. Al levantarse el telón está la Duquesa leyendo una carta, como repasándola para si tiene alguna corrección. En la lectura, pausada, hay que ajustarse á este detalle

DUQ. (Leyendo.) «La vida es una novela en acción, que siempre reclama su epílogo, y en la mía se está desarrollando al presente. El pleito que de antiguo sostiene mi casa con la de Lancaster, ha empeorado cada vez más. Mi marido, al hacer suyos mis derechos y representación, comprometió su fortuna en este desventurado negocio. Estamos al borde de la ruina. Fernando terminó la carrera. Su fe, su talento y su constancia en el estudio, le han llevado, en muy poco tiempo, á tener el bufete de más nota. Todos sus negocios han sido éxitos. Su posición política le coloca ya á las puertas del Ministerio. ¡A él ha habido que recurrir! Y me dicta el corazón, que su nobleza y mi recuerdo han interesado de tal modo su actividad, que hoy está á punto de fallarse el pleito, según todas

674204

las probabilidades, á favor nuestro, salvando así todo nuestro patrimonio. ¡Qué expiación más terrible la mía! Gracias que los buenos corazones no hacen á medias las cosas. Ni una sola vez ha pretendido Fernando verme. Me alegro por mi hijo, por este angelito que me hace permanecer gustosa en el campo, sin tratar de ver á nadie, viviendo su vida de ilusiones, de juguetes, de sueños rosados. Tal es mi situación, querida Luisa. Quiera Dios que la tuya haya mejorado desde tu última. Así lo desea vivamente tu mejor amiga...» Ya está. (Toca el timbre. Cierra la carta. Se presenta un criado.) Agustín, esta carta al correo. El niño que venga.

AGUS. En seguida, señora Duquesa.

DUQ. ¿Está mi esposo paseando por el jardín?

AGUS. El señor Duque aún no ha salido de sus habitaciones.

DUQ. Puedes retirarte. (Mutis criado.) ¿Ellos qué culpa tienen de que me lanzasen á un matrimonio sin cariño, sin ilusión, sintiendo hastío antes de gustar placeres? Ciertamente ninguna. Menos mal, que el amor de madre es como la amnistía, que olvida y perdona.

ESCENA II

DUQUESA y PEPITO, que viene por el foro corriendo y cantando. El niño se arroja en brazos de su madre

DUQ. (Con exaltada alegría.) ¡Ah, mi niño! ¡Ya está aquí mi niño! (Con mimo.) ¿Quién quiere á mi niño?

PEP. Todo el mundo. ¿Ves lo malo que dice el el jardinero que es *Lucerito*, el perro grande? Pues esto, (Señalando con una otra mano.) es que me ha estado lamiendo. Eso que lo primero que hice fué pegarle.

DUQ. ¿Por qué? Ya sabes que no me gusta que se pegue á los animales.

PEP. Como también otras veces has dicho, que los niños nunca estorban á sus mamás, y esta tarde me has mandado que me fuera...

DUQ. Porque estabas muy impertinente y me has emborronado la carta que escribía.

PEP. Es que yo creí que en todas las cartas ponías lo que pones cuando escribes á papá: «Pepito me ha emborronado la carta»; y á él le gusta mucho.

DUQ. ¿Cómo sabes tú eso?

PEP. Porque me lo ha dicho Agustín.

DUQ. Agustín te engaña. Verás cómo le regaño. (Con seriedad cómica. Mirando al foro.) Agustín, cuidadito con volver á engañar al niño.

PEP. (Burlón.) No le riñas tanto, que mira como se aturde el pobre.

DUQ. (Atrayéndole.) Ven aquí, alhaja mía.

ESCENA III

DICHOS y el DUQUE, que ha oido, desde la puerta lateral izquierda, la última frase. Al final AGUSTIN

DUQUE (Entrando.) Y mía.

PEP. (Corriendo á abrazarle.) Papá, papá.

DUQ. Hola, Luis. Te esperaba con impaciencia por si tenías noticias.

DUQUE Aun no. Estoy intranquilo porque el fallo se ha de saber de un momento á otro, y aunque tenga grandes esperanzas, no puedo sujetar los nervios hasta conocer el resultado definitivo, que sea el que quiera, cuando menos aplacará la inquietud que me domina y me permitirá no separarme de vuestro lado.

DUQ. Que ya lo deseo.

DUQUE La vista del pleito en última instancia había despertado gran curiosidad por lo enmarañado del asunto El informe de nuestro abogado fué tan soberbio, que levantaba murmullos de admiración, habiendo quien decía: que nunca había estado tan elocuente, razonador y exaltado. Terminó la vista,

y como ya nada tenía que hacer, me vine á buscar en vuestro cariño la paz y la alegría que tanta falta me hacen. Don Fernando quedó en avisarme en cuanto se dictase sentencia.

DUQ. ¡Bendito pleito!

PEP. Oye, papá, ¿qué es un pleito?

DUQUE Es una contienda judicial en que... pero así no lo vas á entender.

PEP. ¿Qué es, mamá?

DUQ. Pleito es dos que quieren una misma cosa, pero interviene un tercero, que es, al fin, quien se la lleva.

DUQUE (Riendo.) ¡Exacto!

AGUS. (En la puerta del foro.) El señor Barón y la señora Baronesa de Liria.

DUQUE Hombre, la *gaceta* de la aristocracia; el correveidile de los salones.

DUQ. ¡Me es más antipática!

DUQUE No tienes más remedio que recibirla.

DUQ. (Al criado.) Que pasen.

DUQUE El es un buen hombre, pero ella es capaz de indisponer á dos estatuas.

DUQ. La conozco.

ESCENA IV

DICHOS, BARONESA, FLORITA, MANOLITA y BARON DE LIRIA

AGUS. (Anunciando.) El señor Barón y la señora Baronesa de Liria.

BAR. Querida Laura.

DUQ. Amiga Enriqueta.

BARÓN Hola, Luis.

DUQUE Hola, Rodolfo. ¡Señoritas! (Después de saludarse. Mientras se sientan.)

BAR. (A Duquesa.) Te encuentro de mejor color.

DUQ. Así, así.

BAR. Pues y este niño, ¿qué me dices de este niño? Ven acá, monín, dame un beso.

DUQ. (El niño se repliega junto á su madre.) Anda, Pepito, da un beso á la Baronesa. ¡Hija, como no sale de conmigo, es más vergonzoso!...

BAR. Anda, déjalo; verás luego cuando sea mayor cómo no va haber quién le bese.

PEP. Mi mamá, mi papá.

BAR. ¡Mira el picarillo!

PEP. Mis tías, mis primas.

BAR. ¡Quiá, eso sí que no!

PEP. (Con encantador desenfado infantil.) Bueno, después de todo, á tí no te voy á besar.

BARÓN ¡Me alegro.) (Ríe.)

FLOR. ¿Y á nosotras?

PEP. Ya lo creo. (Después de besar á las dos jóvenes, dice con picardía.) (¡Esto es otra cosa!)

DUQ. ¿Cómo tanto tiempo sin parecer por aquí?

BARÓN Porque con mi mujer no se puede ir de visita más que los días largos y á última hora.

DUQ. No comprendo.

BARÓN Muy sencillo, porque empieza á arreglarse á las diez y cinco y acaba... á las cinco y diez. (Ríen.)

BAR. (Molestada, al Barón.) Tú siempre diciendo tonterías.

BARÓN (A la Baronesa.) Y tú haciéndolas.

BAR. (Idem.) ¡Cállate, impertinente!

BARÓN (Idem.) ¡Me callo!

DUQUE (A Manolita.) ¿Qué me cuenta usted de Ricardito?

MAN. Nada, señor Duque, mis relaciones con Ricardo concluyeron cuando se presentó candidato á diputado. (Habla deprisa.) Se le despertó una elocuencia abrumadora, sin duda me tomó como ensayo para sus futuros discursos en el Parlamento. Aquello era aturdirme con un charloteo sin tregua; y como yo creo, que cuando la elocuencia es grande, el cariño es pequeño; y cuando el cariño es pequeño, la elocuencia es grande...

BARÓN Y que lo grande no es lo pequeño, y que lo pequeño no es lo grande.

MAN. Puse término á las relaciones, porque á mí los hombres me gustan que no hablen mucho.

BARÓN Claro, te lo dices tú todo.

DUQ. Florita, ya leí que estaba usted deslumbradora en el baile de la condesa

FLOR. Majaderías de Monterrey, el cronista, que siempre que me nombra me llama la hermosa, la seductora, la elegante... Ya digo majaderías.

BARON (¡Sí que debe ser majadero!)

BAR. Y vuestro pleito, ¿cómo va?

DUQ. Hoy se falla.

BAR. ¿A vuestro favor?

DUQ. Quién sabe.

BAR. Da miedo pensar otra cosa.

DUQ. No creas que me asusta; al principio, lo sentía por mi hijo, ahora, casi tampoco. ¡Quién sabe si de quedar así sacáramos un hombre en vez de un muñeco! Creo que siempre nos quedará lo bastante para que estudie su carrera y viaje por el extranjero, y me parece que aprenderá así más que en el camerino de cualquier artista, más ó menos guapa, y que acumulando recibos de sociedades sportivas. Si él quiere y aprovecha, ya se hará un nombre, que aunque el apellido de los Guzmanes se borre de todos los marquesados y señoríos á que va anejo, nada importa, con tal que él lo grabe en una plancha de acero, ó lo perpetúe en una patente de invención. (Aprobación general.)

BARÓN ¡Muy bien!

BAR. ¡El hijo de un duque ocupado en esos oficios!

BARÓN Si á mi mujer le hubiéseis dado el pleito, se arregla en seguida. No he visto nadie como ella para acabar las cuestiones. ¿Que hay un matrimonio desavenido? pues pronto se terminan los disgustos; interviene mi mujer... los separa, y en paz.

DUQUE (Riendo.) Como siempre, Rodolfo.

BAR. (Bajo á Manolita.) Llévate á tu padre ó no respondo Además, con él presente, no podré decir lo que quiero.

MAN. Pepito, ¿nos quieres enseñar tu jardín?

PEP. Sí, os cogeré flores.

BAR. No sea que el niño se caiga. Acompáñales, tú, Rodolfo.

BARÓN (Dando á entender que ha comprendido á la Baronesa.) Voy, mujer.

DUQUE Os acompaño. (Hacen mutis por foro izquierda.)

ESCENA V

DUQUESA y BARONESA

DUQ. (Después de una pausa, en la que la Duquesa da á entender que conoce las intenciones de la Baronesa.) Siéntate. (Se sientan.)

BAR. Corren muy buenas noticias de vuestro pleito; dicen que teneis un gran abogado.

DUQ. Sí, desde que se encargó del asunto este último, ha ido mejor.

BAR. ¿Quién os lo recomendó?

DUQ. Nadie. Su reputación.

BAR. (Como distraída. Dejándose caer.) ¿Tú lo conoces?

DUQ. (Pequeña pausa. Mirándola fijamente.) Sí, hace diez ó doce años.

BAR. Sería casi un chiquillo, porque ahora tendrá treinta años, ó muy poco más.

DUQ. Justo, unos veinte años tenía cuando yo le conocí. Entonces, que comenzaba su carrera, fué secretario particular de mi padre.. (Marcando mucho la frase.) ¿Comprendes ahora?

BAR. (Indiferente.) Veo la circunstancia por la que ya le conocias.

DUQ. (Irónica.) No, debes ver algo más. (Pausa.) ¡Atrévete, mujer! ¿Que... no se dice ya por ahí, que nuestro abogado de ahora es el estudiantillo que entonces me tenía enamorada? (Con convicción.) Pues mira, si lo dicen, no se equivocan.

BAR. (Con mal disimulada alegria.) ¿Luego es cierto?

DUQ. (Con tranquilidad.) Sí, querida Enriqueta. Enamorarse á los veinte años, eso fué todo; porque así que se enteró mi padre, se acabó. Concertaron mi boda con el Duque, me casé, á Fernando no he vuelto á verle, y de aquellos amores no queda más que la señal de unas cuantas lágrimas en mi velo de desposada.

BAR. ¡En verdad que lo de ahora es una extraña coincidencia!

DUQ. O una provechosa lección; pues enseña que al hombre no se le debe despreciar por humilde, si es honrado y laborioso. Por eso es conveniente que la historia cunda, á ver si de ejemplo puede servir; y celebro que tu oportuna visita haya.....

BAR. Mujer, ¿crees que voy á ir cacareando lo que tú me cuentes?

DUQ. No lo digo por eso, sino en la confianza de que tú, si alguna vez los comentarios fueran más allá de lo debido, los detendrás en su justo límite, reproduciendo lo que acabas de oirme.

BAR. No hará falta, pero si la hiciera, sabes que siempre me portaré como lo que soy, tu mejor amiga.

DUQ. Así lo espero.

BAR. ¿Y tu marido?...

DUQ. O nunca supo nada ó lo ha olvidado.

ESCENA VI

DICHOS, FLORITA, MANOLITA y BARÓN desde el foro

MAN. (En la puerta.) ¿Vamos, mamá?

DUQ. ¿Tan pronto?

BAR. (En pie.) Tenemos mucho que hacer.

DUQ. Que no vengas tan de tarde en tarde.

BAR. Haremos lo posible. (Hablando hacen mutis.)

ESCENA VII

DUQUE y FERNANDO. Aparecen por lateral derecha

FER. Apenas han dado el fallo me he apresurado á venir, para comunicarle personalmente la grata nueva.

DUQUE (Con mucha alegría.) ¿De modo que salvados?

FER. Con toda clase de pronunciamientos favorables.

DUQUE ¡Al fin!

FER. Ahora es necesario que se presente inmediatamente el señor Duque en la escribanía del señor Castro á llenar ciertos requisitos indispensables para la conclusión del asunto.

DUQUE Esta tarde me voy á Madrid.

FER. Iremos juntos.

DUQUE No lo consentiré. Usted tiene que descansar y esperar mi regreso esta misma tarde, para celebrar su triunfo y nuestra buena suerte. (Toca el timbre.) Usted se queda en su casa, y no miento, que por usted la tenemos.

FER. ¡No tanto!

DUQUE (A Agustín que aparece en el foro.) Da orden de que enganchen inmediatamente. (Vase Agustín.) Voy corriendo á decírselo á mi mujer. En seguida vuelvo. (Mutis lateral izquierda.)

ESCENA VIII

FERNANDO. A poco AGUSTÍN

FER. ¡A su mujer! Voy á que lo sepa ella, me decía yo al salir de Madrid; á que sepa que el hombre á quien mataron sus ilusiones de amor, es el que ahora salva su fortuna y sus títulos; que el ser á quien despreciaron por pequeño, es hoy quien les da grandezas. En toda vida hay un día muy feliz ¡y en la mía, es hoy! (Agustín aparece en el foro.) Agustín, pasa, ven aquí; qué bien conservado estás.

AGUS. (Acercándose confuso.) Sí, Fernando... digo, don Fernando... ¡No me atrevo!

FER. Pues atrévete, hombre. ¿No te acuerdas de aquel tiemqo en que los dos servíamos en la misma casa?

AGUS. (Animado.) Ya lo creo, y poco que nos reíamos con las cosas que se le ocurrían á usted.

FER. (Rectificando,) A tí.

AGUS. Llevas razón, á tí; ¡que caramba! Cuando

sucedió aquello, todos lo sentimos... (Viendo la impresión que ha causado en Fernando.) ¡Bah! no te pongas triste, ¿quién se acuerda de aquello?

FER. (Reaccionando. Enérgico.) ¿Que quién se acuerda de aquello? Tú, del hecho; yo, de la esencia de él. Una memoria puede perderse; un sentimiento, cuando está hondamente arraigado, no se pierde jamás; y el que en mí nació entonces, está aquí más robusto que nunca.

AGUS. ¿Luego sigues queriendo á la Duquesa?

FER. (Apasionado.) ¡No; adorándola!

AGUS. ¿Y qué te propones?

FER. Verla, nada mas.

AGUS. ¡Eso no!

FER. (Enérgico.) ¿Quién me lo va á impedir?

AGUS. (Enérgico.) ¡Yo!

FER. ¿Y quién eres tú para hacer tal cosa?

AGUS. ¡Un igual tuyo y un perro fiel de mis señores?

FER. Mientras has sido humilde, te he considerado mi amigo; ahora, que te ensoberbeces, debo recordarte, que tú eres criado de los Duques, y yo su amigo; cada cual ocupe el puesto que le corresponde.

AGUS. (Ofendido.) ¡Fernando!

FER. (Rectificando.) ¡Don Fernando! (Pausa, durante la que Agustín baja la cabeza ante la enérgica mirada de Fernando.)

ESCENA IX

DICHOS y el DUQUE

AGUS. El señor está servido.

DUQUE A la Duquesa le ha causado tal emoción la noticia, que se ha indispuesto ligeramente. Después tendrá ocasión de dar á usted las gracias. ¿Me acompaña usted hasta el coche, don Fernando?

FER. Con mucho gusto. (Hacen mutis por foro izquierda.)

ESCENA X

AGUSTÍN. A poco la DUQUESA

AGUS. El mismo lo ha dicho: los sentimientos arraigados no mueren nunca, y en ellas, menos... ¡Si se olvidase!... ¡Habría que evitarlo!... (La Duquesa entra por lateral izquierda.) ¡Señora!

DUQ. ¿Qué hay, Agustín?

AGUS. ¿Sabe la señora quién está aquí?

DUQ. Sí.

AGUS. Se queda en la quinta.

DUQ. Así me lo ha dicho el Duque.

AGUS. Hay más. Me ha comunicado sus deseos de hablar con la señora.

DUQ. ¿Conmigo?

AGUS. Pero si á la señora le parece, le diré, que se halla ligeramente indispuesta, y... nada, nada, que no puede recibirle, voy... (Medio mutis.)

DUQ. Agustín, calma.

AGUS. (Con humildad no exenta de energía.) ¡Señora! ¡Es don Fernando de Uriarte, es el que!...

DUQ. Deja lo pasado y fíjate en el presente. Es el que nos ha salvado, el que ha salvado á mi hijo. ¡Dile que venga cuando quiera.

AGUS. (Revelándose.) ¡Señora!...

DUQ. Obedece, Agustín, que lo recibe la madre del futuro Duque de la Cumbre. (Agustín obedece obligado.)

ESCENA XI

DUQUESA, dejándose caer sobre una silla

DUQ. ¡Voy á verle después de tantos años! ¡Y en qué circunstancias más distintas! Entonces, él me pediría perdón por su atrevimiento; hoy lo debo pedir yo por la injuria que le

hicimos. Mi padre era un santo, pero un santo que, como otros muchos padres, hizo desgraciados á dos seres.

ESCENA XII

DUQUESA, AGUSTÍN y en seguida FERNANDO

AGUS. (Anunciando.) Don Fernando de Uriarte.

DUQ. (Al oir á Agustín se pone en pie, esforzándose por aparecer serena.) Que pase. (Agustín hace una indicación á dentro y entra en escena Fernando, que queda mirando de frente á la Duquesa. Ella de perfil. Gran pausa.)

AGUS. (La situación es para eso, para callar. Las heridas de amor no cicatrizan más que en cabellos de nieve, y ellos todavía... ¡Lo repito, habría que evitarlo!) (Mutis por el foro.)

ESCENA XIII

DUQUESA y FERNANDO. Al final PEPITO dentro

FER. (Avanzando unos pasos.) Duquesa, perdóneme usted si la he molestado, pero yo quería ver á usted y decirla... nada, nada, Duquesa, no sé, no puedo mentir, nada quiero decirla, sería buscar una gratitud que no merezco... Quería solamente ver á usted. ¡Qué ya creo que es tiempo!

DUQ. ¡Sí, ya es tiempo, y más hoy que tantas gracias tengo que darle por mí, por mi hijo!

FER. No, si nada meritorio he hecho. ¿Usted creía que mi interés por el asunto era sólo producto de mi bondad?

DUQ. Sea lo que sea, en mí encuentra un agrecimiento eterno.

FER. Lo sé, aunque no lo merezco; como tal vez encontrara algo más, si la Duquesa de la Cumbre se acordase de aquella Laura pálida, rubia, encantadora, que alimentó mis sueños de mozo y que... ¡perdón por evocar recuer-

dos que se han convertido, á través del tiempo y de las circunstancias, en sufrimientos implacables!... En lo que pasó, más culpa tuve que disculpa. ¡Por eso debo pedirla perdón! (Pausa. Con energía creciente.) Nuestro amor era inmenso, de incontrastable fuerza; lo hubiera arrollado todo, ¡todo! ¿verdad? y, sin embargo, ¡ya ves!... (Transición.) ¡Ah! perdón, Laura, te hablo de tu... claro, refiriéndome á aquellos tiempos puede pasar. Nada hice por impedir tu boda, sabiendo que mi pasividad era mi desgracia, la tuya, el letargo, ya que la muerte era imposible, de nuestro amor.

DUQ. Algo parecido me ordena el deber hacer ahora, cruzarme de brazos y mirar al cielo.

FER. Si yo hubiera hecho eso, no habría salido de mi insignificancia. Yo miré abajo, de donde había recibido la herida, y me hice egoísta y ambicioso como los demás. ¡A veces lo bajo, lo innoble, impulsa á grandes obras! Cuando tu padre me arrojó de tu casa...

DUQ. ¡Fernando, hay ciertos recuerdos que no son sino la semilla del odio; procuremos no sembrarlo, ya que nuestra condición humana es de tanta fertilidad para él!

FER. No, si pasa en seguida. (Con creciente energía hasta el final del parlamento.) Bajaba yo la escalera, nervioso, agitado, pero sin rencor, sin odio, al contrario, ¡pensaba en ti! De pronto, al dar la vuelta, me fijo en un tapiz, en el que nunca había reparado, con el escudo de la casa. Aquellas águilas grotescas, de caricatura, me trastormaron. Tu recuerdo huyó sustituyéndole en mi mente el acto de soberbia realizado por tu padre. Un ahogo de rabia oprimió mi cuello, y volví la cabeza para mirarlas, para desafiarlas frente á frente. Mis ojos, llorosos y coléricos, confundían las imágenes, y mi constante parpadeo las centuplicaba; así que veía una porción de aguiluchos haciéndome muecas horribles, burlándose de mí. Aquella visión fué ya mi pesadilla, fué la que exclareció mi razón,

fué la que despertó mi soberbia y me hizo decir: ¡Os desafío! ¡lucharé y os venceré!

DUQ. Pues en su mano ha estado el triunfo completo ¿No nos ha podido aniquilar?

FER. No, no sé por qué no he podido. Mis deseos de venganza se iban amortiguando; aquella horrible visión se desvanecía, y al acordarme de tí, que de tal modo te perdí para siempre, mi orfandad de cariño me reprochaba de continuo. (Exaltándose gradualmente.) No sé si es locura ó cobardía lo que he hecho ó si sencillamente mi amor á tí tiene que ser siempre velado de misterio, de lucha, de bondad. Y yo que si vivo es para luchar, y si lucho es para vencer, temo que tú, ahora que nos vemos después de tanto tiempo, no sientas... ¡Echame, Laura, échame! ¿No ves que no puedo, que no debo permanecer aquí?

DUQ. ¡Sí, Fernando, márchese usted, por Dios!

FER ¿Me lo ruegas?

DUQ. ¡Sí!

FER. ¡No, si para irme necesito que me lo mandes, que me hagas arrojar como tu padre me arrojó!

DUQ (Débilmente) ¡Pues se lo mando!

FER. Sí, me marcho. (Medio mutis.) Pero oye, (Acercándose hasta tocarla.) porque ya no debemos vernos nunca, porque esto es el epílogo de nuestro amor, yo te quiero ¿y tú? ..

DUQ. ¡Yo le perdono!

FER Eso será por lo pasado, pero considera que nos vemos por última vez... (Apasionado.) dime algo más, porque yo te quiero, te quiero con toda mi alma. (Abrazándola.)

DUQ. (Emocionada) ¡Déjame!

FER. (Con exaltado apasionamiento.) Laura, la ilusión desdichada de toda mi vida. Mi amor es más grande, más inmenso que hace diez años. ¡Figúrate si habré acumulado cariño en diez años de silencio! Y tu amor hacia mí, ¿no es ya más que un recuerdo ó es aun realidad? ¡Habla, que yo te adoro, te idolatro, te amo más que nunca!

DUQ. (Inclinando la cabeza sobre el hombro de él.) ¡Fernando!

FER. (Teniéndola abrazada.) ¡Laura mía, mi encanto! Aun podemos ser dichosos, aun...

PEP. (Desde dentro como que viene corriendo.) ¡Mamá, mamá! (La voz de Pepito produce en la Duquesa y Fernando la natural impresión, separándose instantáneamente. El, baja a uno de los lados del proscenio.)

DUQ. (En un grito, corriendo á la puerta al encuentro de Pepito.) ¡Hijo mío!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PEPITO y AGUSTÍN que aparece detras del niño

PEP. Me quiere pegar Agustín.

DUQ. (Abrazandole.) ¡Deja, ya verás lo que hago con Agustín! (Este está ya en la puerta por donde ha pasado el niño. La Duquesa muy cerca.)

AGUS. (A la Duquesa.) ¡Lo primero de todo darle las gracias!

DUQ. (A Agustín.) ¡Es verdad! (Alto.) ¡Anda, hijo mío, da un beso á ese caballero, que es tu salvador!

FER. (Abrazándole.) ¡Sí; venga ese beso de gratitud, ¡porque quién sabe si él nos habrá salvado á los dos! (Le besa y le levanta en sus brazos.)

TELON

Juicio crítico de la prensa

Ante una concurrencia tan numerosa como distinguida, se verificó anoche en el lindo teatrito de la Plaza de Bilbao el estreno de la comedia, de los Sres. Soriano y Quilis, titulada Epílogo.

La obra alcanzó un éxito lisonjero, siendo aclamados los autores, que se vieron precisados á salir al palco escénico multitud de veces á instancias del público.

La interpretación, esmeradísima, sobresaliendo las señoras Mendizábal, Bustamante, Xifrá y Gil López y los Sres. Armengod, Miquel, Balsalobre y niña Girón.

Epílogo proporcionará grandes entradas á la Empresa del Salón Venecia.

(Heraldo de Madrid.)

*
* *

La compañía del Sr. Armengod está de enhorabuena.

Al buen éxito de *Caer en sus mismas redes* ha seguido el de Epílogo.

Es Epílogo una linda comedia en un acto, original de don Rafael Soriano y del poeta Sr. Quilis, que acaba de publicar el notable libro *Leyendas hispanoamericanas.*

El público aplaudió desde las primeras escenas, y á la terminación de Epílogo tuvieron que presentarse varias veces en el palco escénico autores é intérpretes.

(La Correspondencia de España.)

*
* *

Está de enhorabuena la empresa de este elegante teatrito. Al triunfo obtenido por la preciosa comedia del Sr. Ramos Padilla, titulada *Caer en sus mismas redes,* tiene que añadirse el de la obra estrenada anoche, de los Sres. Quilis y Soriano, titulada Epílogo, muy bien dialogada y dirigida admirablemente por el director de escena, Sr. Armengod.

Tanto este señor como los demás artistas que han tomado parte en dicha obra, han sido ovacionados en unión de los autores por el numeroso público que llenaba el teatro.

(El Liberal.)

*
* *

Epílogo.—Con este título se ha estrenado una comedia en un acto original de los señores Quilis y Soriano, que fué acogida con aplausos desde las primeras escenas llamando el público á los autores dos veces durante la representación, y varias veces á la conclusión de la obra.

El diálogo está adecuado al ambiente en que se desarrolla la acción, sencilla, bien planeada y que con luce con naturalidad á un desenlace inesperado, que acogió el público con una estruendosa ovación.

La interpretación fué acertada y la escena estuvo muy bien servida.

Epílogo hará la temporada en el Salón Venecia y recorrerá muy pronto los teatros de provincias.

(*El País.*)

***

Después de relatar minuciosamente el argumento dice:

El público aplaudió mucho á los autores haciéndoles salir dos veces durante la representación y varias otras al final.

Aunque Epílogo no sea una obra definitiva, es sin embargo, la confirmación de una esperanza en sus autores.

Los Sres. Quilis y Soriano, tienen excelentes condiciones y si se lo proponen y trabajan conseguirán hacer teatro con admirables trazos á la manera de Benavente.

De los intérpretes, muy bien la señora Mendizábal y Bustamante y los señores Armengod y Leyva.

(*El Globo.*)

***

Salón Venecia.—Anoche se estrenó con buen éxito en este salón la obra titulada Epílogo, de D. José Quilis y D. Rafael Soriano.

Además de que el libro se lo merece y gustó francamente, los artistas se esforzaron en cumplir siendo recompensados por el público con nutridos aplausos, de los que alcanzaron una parte principal la señora Mendizábal y el señor Armengod.

Los autores salieron á escena varias veces, llamados insistentemente por el público.

Lo celebramos mucho.

(*Heraldo Militar.*)

(En parecidos términos han juzgado Epílogo otros muchos diarios y revistas.)

OBRAS DE D. JOSÉ QUILIS

Alborada. Novela. Librería de Victoriano Suárez. Madrid.—Precio 1,50 pesetas.

Bodas regias. (*) Recopilación histórica. (Undécima edición. Librería de Fernando Fé. Madrid.—Precio, 3 pesetas.

Leyendas Hispano-Americanas. (Volúmen 1.º) En todas las librerías.—Precio, 2 pesetas.

TEATRO

El tesoro de la bruja, (*) melodrama en cuatro cuadros. Música del maestro D. Manuel Nieto. (Teatro Eslava).

Las orejas, entremés cómico. (Teatro Price).

El hogar y la mina, (*) drama en un acto y en verso. (Teatro Principal de La Unión).

Epílogo, (*) comedia en un acto y en prosa. (Salón Venecia.)

Las obras de teatro se hallan de venta en la Sociedad de Autores Españoles, al precio de 1 peseta ejemplar.

EN PREPARACION

La fuente del zarzal, cuentos.

En el bosque de los tilos, novela.

Leyendas HispanoAmericanas, volumen 2.º

(*) En colaboración.

Precio: UNA peseta